

Ida Vitale Shakespeare Palace. Mosaicos de mi vida en México

M. Carmen Domínguez Gutiérrez
Università Ca' Foscari Venezia, Italia

Reseña de Vitale, I. (2019). *Shakespeare Palace. Mosaicos de mi vida en México*. Barcelona: Lumen. 234 pp.

No cabe duda de que en la economía del universo nada desaparece, todo se transforma o desplaza. (Ida Vitale, 131)

Al fin, quizás irse se vuelve costumbre para el que se ha ido de su propio país.... (Ida Vitale, 139)

La poeta Ida Vitale (Montevideo, 1923) sorprende en esta ocasión con una autobiografía de los años que vivió en México (1974-1984), exiliada junto a su marido, el también poeta Enrique Fierro. Vitale – que detesta la categorización de generación literaria, como repite siempre, incluso en estas páginas, pero a la que inevitablemente siempre se la relaciona con la primera generación rabiosamente contemporánea de la literatura uruguaya, la del 45, junto a nombres tan dispares como fundamentales, como Amanda Berenguer, Idea Vilariño, Ángel Rama, Rodríguez Monegal o José Pedro Díaz – era ya una poeta consagrada cuando llegó a México y en donde, además de seguir publicando su propia obra, trabajó como traductora para varias editoriales, como profesora de traducción en el seminario permanente del Colegio de México y participó en varias revistas como *Unomásuno* o *Vuelta* de Octavio Paz.

El título de esta autobiografía encierra una clave de lectura, *mosaicos* – obra artística taraceada –, para los 47 breves capítulos que la compo-



Edizioni
Ca' Foscari

Submitted 2020-01-09
Published 2020-06-19

Open access

© 2020 | Creative Commons Attribution 4.0 International Public License



Citation Domínguez Gutiérrez, M.C. (2020). Review of *Shakespeare Palace. Mosaicos de mi vida en México*, by Vitale, I. *Rassegna iberistica*, 43(113), 173-176.

DOI 10.30687/Ri/2037-6588/2020/113/013

173

nen, que titulados y no numerados rememoran personas, encuentros, situaciones, lugares, vivencias y experiencias varias en la capital azteca. De la descripción de grandes arquitecturas precolombinas a la íntima de los apartamentos en los que vivieron – al primero de ellos, situado en la calle Shakespeare, debe su título esta publicación –, de las cotidianas escenas de vida doméstica a los más variopintos incidentes que repetitiva o imprevisiblemente la trastocaban – como el picante mexicano que convertía en un problema comer fuera de casa o el accidente automovilístico con tres indígenas otomíes. La vida, en definitiva, en un lugar donde las cosas no son predecibles por distintas y desconocidas. Porque, como la propia autora escribe «se está más preparado para una operación quirúrgica que para el exilio. Existe un dolor previo a la operación y confiamos en que se anulará con lo que aceptamos padecer. El resto le incumbe al cirujano. En el exilio, las responsabilidades pasan a ser mayoritariamente nuestras» (73). Pero, aunque en sus páginas se afronta la dificultad de las convenciones sociales, lingüísticas y culturales, es muy significativo que la poeta, para hablar de su exilio, recupere el vocablo ‘transterrado’ acuñado por el filósofo español, José Gaos, republicano exiliado y naturalizado en México, para designar al que tiene que dejar su propia tierra, se establece en otra que le es afín y en la que llega a sentirse ‘empatriado’, pues el suyo fue un exilio feliz a pesar de que «pasando fronteras uno descubre lo muy inabarcable que es la lista de minucias que debe saber, prever y manejar una persona socialmente aceptable. Recorriendo un laberinto de convenciones articuladas con exquisita precisión, a cada paso se nos abre un cuarto oscuro donde nos jugamos no la vida, pero sí la opinión ajena que nos acompañará por más o menos tiempo» (212).

Es la de Vitale una escritura gobernada por el azar de la memoria, donde los criterios temáticos, cronológicos o topográficos – más allá de la restricción primigenia de ser un volumen dedicado en exclusiva al periodo mexicano de la pareja – brillan por su ausencia. Los recuerdos se entremezclan y fluyen, pero más que como un flujo de conciencia joyceano o como las imágenes poéticas surrealistas, lo hacen al modo de las aguafuertes bonarenses (o las menos conocidas españolas) artlianas. En estas pequeñas estampas distinguimos la vida, y sus gentes, de una época, ya irremediable y nostálgicamente pasada. Pero la melancolía de la autora tiene más que ver con la irreversibilidad del tiempo kantiano que con lo vivido pues no hay en sus líneas, más allá del recuerdo puntual de algunas situaciones desagradables o personas malignas, resquicio de derrota, fatiga o desconsuelo, todo lo contrario. De estas páginas emana el profundo sentimiento de gratitud a una tierra, y a sus gentes, que hicieron de su exilio un tiempo feliz. Como en las aguafuertes, el ácido y los disolventes dejaron una marca indeleble pero el mosaico mexicano del matrimonio Fierro-Vitale gozó de una paleta de colores cálidos y alegres.

En la superficie que el ácido deja en los surcos de la estampa flo-
ta la bulliciosa vida intelectual de la capital mexicana en un momen-
to convulso de la historia del continente, en especial de su Cono Sur.
De hecho, no es posible enumerar, por vasta, la lista de autores his-
panoamericanos que aparecen en las páginas de la obra. Aunque sí
es justo recuperar por una parte aquellos mexicanos que, antes de la
llegada de la autora, la ayudaron a tender puentes que conformasen
parte de su acervo literario (Juan José Arreola, Rosario Castellanos,
o Inés Arredondas, por ejemplo) o facilitaron su inserción profesio-
nal en aquellos lares (Tomás Segovia) y, por otra, los de aquellos que
se repiten con más intensidad y afecto, como en el caso de los mexi-
canos Octavio Paz, Teodoro Fernández de León y Homero Ardijs, el
colombiano Álvaro Mutis, el peruano Emilio Adolfo Westphalen, la
argentina Elena Jordana, o el uruguayo Danubio Torres Fierro, con-
vertidos en los afectos indisolubles de aquella época. A algunos le
unían viejos lazos de amistad, con otros la amistad se forjó en Méxi-
co y prosiguió durante muchos años, incluso cuando Vitale y su ma-
rido regresaron a Uruguay para, tras una breve estancia, volver a
hacer las maletas con destino a Austin, Texas, en cuya universidad
Enrique Fierro ejerció como docente. Con todos ellos tejieron unos
lazos de simpatía y fraternidad que fueron más allá de las relaciones
estrictamente profesionales o literarias.

Son, en cambio, los restos del barniz de estas aguafuertes los que
permiten entrever las influencias y los amores literarios de la escri-
tora uruguaya de orígenes italianos. Variopintos y dispares fluctúan
entre las imágenes exóticas y evocadoras de las *Mil y una noches*, las
lecturas infantiles y juveniles, pero no por eso menos importantes, de
Verne, Defoe, Tolstoi o Cervantes, a las lecturas adultas y el amor por
las artes, en especial las plásticas, como la pintura de Gonzalo Fon-
seca o Torres García, o la íntima conexión, siempre presente en su
poesía, que mantiene con la naturaleza, en especial con la botánica
y las aves, conexión que se hace, por otra parte, también evidente en
esta autobiografía en prosa a través del binomio sonido (ruido o mú-
sica) y silencio: «a veces la memoria canta, a veces murmura» (101).

Vitale, evocando al que fue su profesor en la Universidad de la Re-
pública en los primeros años de la década de los cincuenta, el exiliado
republicano español José Bergamín, afirma «los seres por él queridos
o respetados volvían a sus palabras, por vía de anécdotas o celebra-
ciones. La nostalgia raramente llegaba unida a paisajes, luces, olo-
res o sabores. Siempre nacía del recuerdo de una amiga o amigo o
de la cuidada memoria de sus veneraciones mayores» (134). Una pri-
mera lectura de este párrafo, y en general de todo el libro, empuja-
ría a pensar que la memoria, el recuerdo, la evocación de la poeta
uruguaya llega, al contrario de lo que le ocurría a su querido maes-
tro, por los paisajes («Texcoco», 77), olores («problemas naturales»,
83) o sabores («las comidas», 209). Todo el texto de la autora es una

fiesta para celebrar el color, la luz, la naturaleza, la arquitectura y el paisaje. Pero el poso de la obra, trascurridas un par de semanas de la lectura, recuerda, no solo esa feliz explosión de luz y vitalidad, las aguafuertes, las estampas de un nuevo mundo de nombre México. El lector entiende que la rememoración de esas imágenes evoca a su autora, indefectiblemente, rostros y afectos. Así, la discípula supera al maestro pues no solo sigue su dictado, además amplía sus límites y los hace propios.

La prosa de este texto, delicada y sobria, como la poesía de Vitale, combina la ternura del recuerdo con la lucidez asombrosa de quien a sus 95 años publica su, por ahora, último libro, y cruza el océano Atlántico para recibir el Premio Cervantes.